



El maestro y la hormiga

Extracto de *El Revelador de los Misterios* de Nuruddin
'Abdurrahmān Isfarāyini (1242-1317)



Este humilde¹ había elegido el método ascético y estaba decidido a no concederse a sí mismo nada que no fuera lo indispensable. Estando en esta situación, le vino la idea de que los actos irreprochables son aún mejores si su fundamento se halla en alimentos irreprochables. Y por ello, algo se hizo presente en su corazón que le hizo parecer sospechoso cualquier bocado que comieran los demás. Esto no era bueno. En consecuencia, cuando llegó la mies, este humilde pensó: más me valdría ir por los caminos donde la gente apila las gavillas de trigo, recoger aquellas espigas que caen al suelo, y ganarme la vida con esas pocas espigas. Y así lo hizo; se puso en camino, recogió todas las espigas que veía por el suelo, y las iba echando a una cesta.

Pero era inevitable que cada espiga caída en el suelo atrajera a hormigas que deseaban sacar provecho de ella; y esto, a este humilde no le gustaba. Pero, de pronto, su corazón tuvo una clara consciencia de lo siguiente: «Estás aquí para velar por que las criaturas sufran menos que tú. Y estas pequeñas hormigas, las criaturas más débiles, tan sólo reclaman su parte en estas espigas. ¡Tú las estás privando de ello y lo pones todo en tu cesta! ¡Es injusto!» Sorprendido, me dije: si no las recojo, seré yo el que me quede privado de ellas, pero si las recojo, las hormigas se quedarán desamparadas. La mejor solución será pues hacer un reparto equitativo entre nosotros. Dividí entonces cada espiga que recogía en dos partes, dejándoles una a ellas, mientras ponía la otra en mi cesta.

Así lo hice; y este humilde pasó muchas fatigas bajo el sol abrasador, agachándome y levantándome sin cesar, y cuidando que el reparto fuera por igual. En su miseria, le vino un día esta inspiración: «El respeto pertenece al orden de Dios, la simpatía a la criatura de Dios». Y está

claro que no hay simpatía en tirar las espigas en medio del camino, y se vean atraídas allí las hormigas, para que la gente las pisotee y las haga morir. Es mejor, pues, que lleves las espigas hasta el hormiguero, y separes de ellas el grano para aliviar su esfuerzo. Al hacer esto, la penalidad de este humilde creció, y sus ingresos menguaban, ya que, evidentemente, debía permanecer más tiempo bajo el sol para además conseguir lo que necesitaba para él.

Un día, este humilde quiso desgranar una espiga, con tan mala fortuna que su mano tropezó con una pequeña hormiga y la lesionó, de modo que ésta ya no podía seguir caminando. Surgió un gran dolor en el corazón de este humilde; sabía que el calor del sol no afectaba a las hormigas mientras se desplazaban, pero ahora que estaba inmovilizada, esta hormiga padecería el efecto del calor

y sentiría un sufrimiento tal que la incitaría sin duda a desobedecer [a Dios].

Consideró por tanto que lo mejor que podía hacer era buscar el hormiguero y llevarla hasta allí. Y entonces,

¡ocurrió algo extraño! El hormiguero siempre había estado a la vista; pero ese día, este humilde corrió de un lado para otro en el desierto, levantó cada rama y cada matojo caídos en el suelo, sin encontrar por ninguna parte donde podría estar su casa, su escondite y su morada. Extenuado, puso la hormiguita en la palma de la mano, triste y desesperado; a veces, incluso, brotaban lágrimas de sus ojos. Finalmente pensó que lo mejor era recoger en ese desierto algunas pellas de arcilla para construirle una morada que la tuviera a cubierto del calor del sol.

*No perturbes a la hormiga que arrastra su grano,
porque también ella tiene alma y la vida le es dulce.*

Sa'di (1209)



1.- Como es costumbre entre los sufíes, Isfarāyini habla de él, a veces, en tercera persona y se nombra entonces como «este humilde» (*zaiif*).